

Durante cuarenta años, sólo ha sido pública en España la voz de los vencedores. Ya es hora de que hablen los otros. INTERVIU los está buscando para sacarlos del anonimato forzoso al que les condenó la derrota.

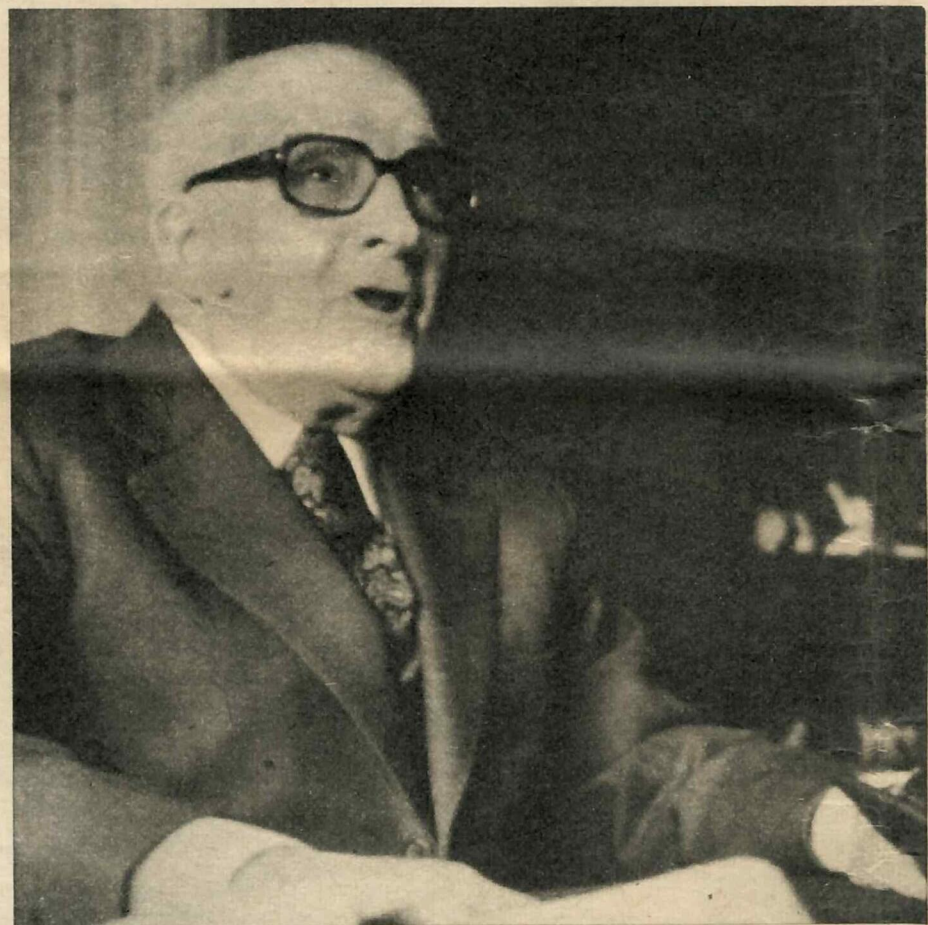
Los líderes d

Texto: JOSE MARIA SILOS • Fotos: JAIME LARRAIN

España es un reino, dice la ley. España es una unidad de destino en lo universal, dicen los falangistas. España no existe, dicen los nacionalistas más exacerbados de la periferia. España es un pueblo, unos pueblos, dice casi unánimemente la oposición. España es un país, dice casi toda la prensa... Pero lo que nadie se atreve a decir es que España es una República. En primer lugar, porque nadie se lo creería; en segundo, porque caería sobre él todo el peso de la ley, que es por donde hemos empezado.

Y, sin embargo, existe un Presidente de la "República Española" y un Gobierno presidido por su titular efectivo (?). Personalizan estos cargos los señores don José Maldonado y don Fernando Valera, que se consideran y son considerados por algunos los representantes de aquella República Española que empezó a morir un 18 de julio...

Precisamente en el momento en que esa fecha —histórica, quién lo duda— está siendo socavada por la nostalgia, INTERVIU ha estado con los líderes de la otra nostalgia. La nostalgia de una España que sí fue República.



FERNANDO VALERA, JEFE DEL GOBIERNO DE LA II REPUBLICA ESPAÑOLA EN EL EXILIO.

Subíamos en el ascensor de un edificio de los años cuarenta, sin personalidad exterior y con una construcción interna bastante fría. Habíamos saludado a un señor de pelo cano, que subía al mismo piso que nosotros. "¿Conoce usted al señor Valera?", le dijimos en la lengua de la vecina Francia. "Moi même", respondió con un fuerte acento extranjero. Cuando nos identificamos como periodistas españoles, don Fernando Valera, jefe del Gobierno de la Segunda República Española en el exilio, nos dio un caluroso apretón de manos y nos condujo a su casa: un estudio de pintor acogedor, pero bastante modesto. "Era de un pin-

tor, que al marcharse de París me lo cedió. Y esos sillones me los regaló un Presidente latinoamericano cuando acabó su forzado exilio". Era un clásico tresillo de color ocre y anchos respaldos que acogió una conversación de varias horas, mientras por una amplia cristalera se filtraba un día gris y amenazante de lluvia. Tan gris como el aspecto físico del entrevistado, tan triste como la vida del exiliado, tan añorante como las esperanzas en una España republicana, que este hombre me quiso explicar destilando honradez a chorros.

Una enorme cicatriz le cubre el lado izquierdo de su extensa frente. Tiene se-

tenta y siete años, pero el pelo le brota a borbotones de un cráneo voluminoso. Parece tímido, luego comprobaría que se trataba de un exceso de cortesía. Tiene facha de físico nuclear o de biólogo, pero basta intercambiar un par de frases para comprender que se trata de un hombre de letras. Estuvimos con él dos días. El segundo de ellos nos acompañó en la entrevista con el Presidente José Maldonado. Ambos días llevó la misma indumentaria: un traje azul claro, con cuadros; camisa también cuadriculada sobre un predominante blanco y una corbata oscura. Ropa sencilla, utilizada muchas temporadas y vestida con tremenda dig-

